



# QUINTO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2023-2024

**“EL  
CORREDOR”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
AULA DE LITERATURA  
JUNIO 2024**



# ÍNDICE

FEDERICO	Inmaculada Rojo	4
DESNUDEZ	Matilde Santos	5
EL CASTING	Ana María Becerra	6
HOJA DE RUTA	J.C. Santa	7
EL ACTIVISTA	Vito Cruces	8
EL PARÁSITO	Norma Talaván	9
EL RETO DESNUDO	Andrés Cancho	10
A RÍO REVUELTO...	Javier Alonso	11
FOGATA Y FUGA	Jesús Montero	12
MALDITOS ROMANOS	Cele Lázaro	13
UNA ESTAMPA ROTA	Natividad Martín Ciudad	14
EL EXTRAÑO SUCESO	Isabel González	15
NOCHE DE FUNERAL	Javier Barragán	16
STRIPTease EN JUEVES SANTO	María J. Llanos	17
LA ÚLTIMA MARATÓN	Concha Ibáñez Montero	18
VARIACIÓN DE UN POEMA DE DUENDE JOSELE	Antonio Polo Márquez	19
INOCENTE	Juani García	20
EL RECITAL	Víctor M. Jiménez Andrada	21
800 POR 2	Jesús Rodríguez	22
NÉMESIS	José A. García Fera	23
EL INSTANTE Y LA LUZ	Ángel Rodríguez García	24
INFORME POLICIAL NÚMERO 22/06/2024	Belén Gómez	25
ERES UN DESASTRE, MANOLO	Soledad García Garrido	26
LOCURA O INFIDELIDAD	Pilar Ruiz Estévez	27
LA CARRERA DEL HOMBRE DESNUDO	Ángela Velasco Bello	28



## FEDERICO

Él iba corriendo desnudo por las calles de la ciudad, sucedió un domingo por la mañana. Los viandantes se cruzaban con él; algunos se reían, otros, con cara de estupefacción, cruzaban sus miradas y murmuraban.

—Deberíamos llamar a la policía, esto es un escándalo público— decían las paisanas recién salidas de la misa de las once. Mientras, el presunto atleta nudista continuaba en su empeño, deteniéndose de vez en cuando para preguntar a la gente si habían visto a su padre.

Un desconocido le grabó con el móvil y envió el vídeo por Whatsapp a todos sus contactos entre los que yo me encontraba.

— ¡Esta mañana, a las once, por la calle San Martín!— escribía a pie de vídeo —me crucé con un loco que iba corriendo en bolas por la calle.

Federico, nombre que le pongo al desconocido, tendría algún buen motivo para salir así una fresca mañana de marzo con lluvia amenazante, pensé, así que decidí investigar sobre este personaje y descubrí que Federico tenía cuarenta y cinco años, que había vivido con su madre hasta hacía una semana, en la que había fallecido tras una larga enfermedad de la que no dio la más mínima señal a su querido hijo. Su padre, un militar del ejército, los había abandonado porque no soportaba la idea de que su hijo fuera diferente.

Federico había nacido con algunas limitaciones pero se defendía bastante bien, sin embargo, al cumplir ocho años le diagnosticaron una discapacidad severa sobrevenida tras padecer una meningitis. Aún así, la vida era buena para él, siempre estuvo bajo el cobijo de su madre que le amó y le cuidó de tal forma que Federico no percibía la dureza de la vida.

Pero ahora su madre también se había ido. Se quedó solo en la casa durante tres días durante los cuales las horas transcurrían eternas. Ese domingo por la mañana se sentía profundamente desconsolado y perdido, desayunó y decidió salir al mundo para buscar a su padre, su mamá le había contado que le quería mucho y que vivía cerca, en la misma ciudad, pero que se había tenido que marchar porque tenía que cuidar de sus padres.

Con la emoción se olvidó de ponerse la ropa y los zapatos. Había olvidado, gracias a su madre, que el mundo era un lugar cruel, salvaje y hostil para los que son diferentes. Olvidó que él era diferente, olvidó que la sociedad siempre cuestiona la diferencia, olvidó que su padre no le quería.

Federico corrió y corrió por la ciudad, pero nunca encontró a su papá.

**Inmaculada Rojo**

## DESNUDEZ

Después de visitar aquella ciudad durante toda la mañana estaba muy cansado. Apenas hacía unos segundos que me había sentado en un banco de la avenida principal. Un hombre desnudo corría hacia mí a toda velocidad. Me costó darme cuenta de lo que estaba viendo. Al llegar a mi altura, volvió la cabeza, me miró y me dedicó una sonrisa. Me pareció una provocación, pero, entre lo rápido que iba él y lo estupefacto que estaba yo, no me dio tiempo a responderle. Era un hombre atlético, bronceado, de piernas largas y perfectas. Un verdadero Adonis. Apenas me estaba preguntando quién sería y qué hacía allí, cuando otro hombre, también desnudo, siguió los pasos del anterior, también a toda prisa. Este era más grueso y menos esbelto. Al igual que el otro, su piel brillaba bajo un bronceado casi de película. No daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Es que estoy soñando? ¿Habré viajado a un mundo paralelo? ¿Estaré, acaso, en un paraíso desconocido y el que desentono soy yo? ¿Estaré en otro tiempo y no me he enterado qué pasa en esta ciudad? —pensaba para mí. No me dio tiempo a responderme. En ese momento, lo que apareció ante mis ojos fue otro cuerpo desnudo por completo, solo que esta vez era una mujer. ¡Qué hermosura, qué sincronía, qué belleza! Pensé en levantarme y seguirla, pero no pude ni dar un paso. Unos segundos después apareció una señora mayor. A pesar de sus años, me llamó la atención su porte, su coordinación, su elegancia, parecía una bailarina en el Lago de los Cisnes. Cerré y abrí varias veces los ojos, seguro que estaba soñando, pero no, me di un pellizco en el brazo y vaya si estaba despierto ¿Qué pasaba entonces? Con esfuerzo, conseguí levantarme y seguir a la señora mayor. Fui tras ella. A lo lejos podía vislumbrar a los otros corredores que brillaban al sol como banderas. Los coches pasaban por la carretera y se paraban a mirar. Algunos tocaban el claxon. Por lo menos, no era yo solo el que se sorprendía. Me sentí acompañado y comprendido. Miré el reloj y entendí por qué yo era el único que transitaba por la avenida. Yo, y todos esos locos desnudos. Eran las cuatro de la tarde. El mundo debía estar durmiendo la siesta. Cuando pasó otra mujer por mi izquierda, también corriendo, bellísima, con los cabellos largos, sedosos y rubios ondeando al viento, las piernas torneadas, los brazos delicados y atléticos, como una diosa griega, tomé una determinación. Me fui quitando la ropa yo también, mientras corría a su lado, sin perderla de vista, acompasando mi ritmo al suyo, feliz y libre como una gaviota bendecida. Primero me quité la camisa, después el pantalón, más tarde la ropa interior. “Qué piel más blanca y qué falta de músculos”, pensé para mí, pero ¡qué me importaba! En ese instante la mujer se volvía hacia mí, me tendía la mano y me llevaba, sin poder evitarlo, avenida abajo, casi en volandas. Mientras avanzábamos veloces, los otros cuerpos desnudos iban desapareciendo de nuestra vista. Al final, solo quedamos ella y yo, los dos juntos, de la mano, como el Adán y Eva de Tiziano, pero sin hojas de parra ni mandangas. Libres como nuestra madre nos trajo al mundo.

Cuando llegamos al edificio neoclásico de la esquina, se paró y dijo: “Es aquí”. “Llegamos tarde”.

En la entrada había un cartel que decía: *II Congreso Nudista de la Ciudad de Jumenta. Aforo libre.*

Ahora ya vamos por el numero XII. Blanca y yo seguimos de la mano.

**Matilde Santos**

## EL CASTING

Fui escogido en el casting, pero cuál no sería mi sorpresa cuando me dijeron el papel que tenía que representar. Pero pudieron más mis ansias de ser actor que mi pudor.

Me armé de valor, eran muchos los presentes. Ya que no podía decir palabra intenté, con mi expresión corporal, que alguien se fijara en mí para posteriores papeles.

Me quité despacio la ropa, intenté pensar: «Estoy en mi baño a punto de darme una agradable ducha después de un día de duro trabajo».

Cuando sentí el clak de la claqueta y la palabra acción, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron y salí disparado cual flecha en manos de un arquero; corrí a través de la calle sin fijarme en la cara de estupefacción de la gente. Pedí que la toma fuera buena, que no hubiera necesidad de repetición.

¡Hay que ver cuántas cosas estamos dispuestos a hacer para ver cumplidos nuestros sueños!

**Ana María Becerra**

## HOJA DE RUTA

El alcalde corría despacio por la avenida. Despacio porque quería que lo viesen y porque sus pies descalzos se quejaban en cada zancada.

El deporte mantenía su cuerpo sano desde que era muy joven. En el deporte se apoyaba para conservar su mente clara. El deporte lo ayudaría a dar visibilidad a su protesta. Un alcalde también tiene sus reivindicaciones y era preciso que los convecinos supieran de ellas. Ya estaba harto de que vertieran sobre él y su entorno toda aquella sarta de falsedades con las que pretendían desprestigiarlo, desviar la atención de todo lo que había empezado a funcionar bien en el ayuntamiento desde que él accediera al cargo.

Esta era su forma de revelarse. No quería que la política municipal terminara siendo un lodazal y mucho menos que lo utilizaran a él con ese propósito. Por ello, porque solo a él le incumbía este asunto, se veía en la obligación de hacer esta carrera en solitario, sin implicar a ningún otro miembro de su equipo de gobierno, y la tenía que hacer desnudo para resaltar que no era una carrera más, sino un modo de expresar su repulsa por la deriva que estaban tomando los acontecimientos.

Al terminar su carrera-protesta, después de cubrirse el cuerpo desnudo, se sentó en la plaza mayor para relajarse ante un café con leche y un cuenco colmado de fruta.

**J.C. Santa**



## **EL ACTIVISTA**

Una tarde de invierno corrí varios kilómetros por las calles de mi pueblo. Iba tan desnudo como cuando nací. La gente me miraba atónita. Unos me tacharon de loco; otros, de inmoral. Solo mis mejores amigos sabían el porqué de aquel extraño comportamiento que muy pocos apoyaban, aun estando a favor de la causa.

Siendo bastante joven vi un documental que explicaba el sufrimiento de un animal mientras le despojaban de esa piel con la que confeccionarían una suntuosa prenda. Desde entonces soy activista. Detesto a las señoras que lucen abrigos o chaquetones de pieles. En más de una ocasión discutí con alguna de estas mujeres que hacen alarde de su fortuna cubriéndose el cuerpo con tan caras prendas de vestir. Y he manifestado mis sentimientos de varias formas. Aquella fría tarde me detuvo la policía acusándome de escándalo público. Cogí un buen resfriado y hube de pagar una multa. Pero siempre me sentiré orgulloso de semejante hazaña.

**Vito Cruces**

## EL PARÁSITO

Nada es lo que parece. Soy el más alto representante de un banco europeo. Mi vida no es idílica, y mucho menos tranquila. Me dedico a estafar a las pequeñas fortunas. El puesto me viene grande, pero no pasa nada. Hay que ser un gran manipulador, y yo soy el más férreo admirador de estos tipos. He leído bastante sobre las características personales y psicológicas de estos energúmenos y, en un principio, me daban lástima, pero una vez que te metes en el papel y consigues recompensa, te envicias, y conviertes tu vida en uno de ellos.

Pues ahí andaba yo, rodeado de papeles cuando entró. Pelo castaño, expresivos ojos negros y labios con más silicona que carne. De complexión delgada y con las piernas tan largas, que apenas aprecié el comienzo y el final del tronco de su cuerpo. La verdad es que es difícil de ver, pero ni, aun así, me libré de su sexapil.

El nerviosismo se hizo acopio de mi cuerpo y mente. Con su vestimenta sugerente y provocadora caí en la trampa, y enseguida me abalancé sobre su cuerpo, sin oponer resistencia, y mis manos lo recorrieron todo en décimas segundos. Cuando quisimos darnos cuenta, retozábamos a dos patas como verracos sobre la moqueta verde.

En el último instante de exaltación noté sobre mi cuello un pinchazo al que no di importancia. Y no habían pasado más de diez minutos desde el inicio de nuestro jugoso encuentro, cuando fui sorprendido por la avenida principal de la ciudad, llevando puesto el mismo atuendo con el que llegué a este mundo y corriendo a tanta velocidad que ni el dóberman de la policía me alcanzaba. En un momento de la contienda con el animal, entré en el primer portal que vi abierto y cerrando la puerta tras de mí, subí las escaleras sin descansar hasta el último piso. Durante un breve descanso, mi mente se dio cuenta de que había sido engañado y embaucado por alguien que trabajó en mi sucursal durante más de un año, y que, gracias a mí, perdió toda su fortuna. Al llegar a la terraza encontré un pantalón que me puse para tapar mis vergüenzas. Bajé con cautela, confiando que el canino hubiera desaparecido, pero, una vez en la calle, me aguardaba la persona que hizo que me planteara mi futuro. Las tornas habían cambiado y este fue uno de los peores episodios que me han ocurrido durante mi vida de sanguijuela. El tramposo se había dejado chantajear y seducir con la ayuda de una dosis elevada de metanfetamina, que, junto con antidepresivos, produjeron una reacción que ya conocen si han alcanzado este punto del relato.

**Norma Talaván Carretero**

## EL RETO DESNUDO

Por las calles y avenidas de esta ciudad, un hombre llamado Antonio se ha convertido en el centro de todas las miradas.

Corre con una velocidad impresionante, dando unas zancadas con sus pies que golpean el pavimento reseco y caliente de una tarde de verano. Unas calles en las que, aunque parezca que están totalmente asfaltadas o urbanizadas, suelen tener cristales y un montón de cosas que si las pisas descalzo te puedes lesionar.

Pero lo más sorprendente no es la velocidad con la que corre, sino que, a excepción de unos calcetines rojos que cubren sus pies, Antonio está completamente desnudo. Él es un artista local que empieza a ser conocido por obras de arte (pintura, esculturas, fotografías de todo tipo) y no menos conocido por sus actos de protesta, inusuales y llamativos. Su cuerpo es su lienzo y la ciudad, su galería. Lo hace así, solamente para llamar la atención sobre la vulnerabilidad del medio ambiente y el cambio climático.

Con su desnudez quiere que prestemos atención sobre la fragilidad de la naturaleza, que despojamos de sus recursos y la dirigimos a un futuro incierto.

Su desnudez es una declaración audaz, una forma de decir que todos estamos expuestos a los efectos del cambio climático y la degradación ambiental, sin importarnos donde vivimos y qué mundo dejaremos a los que vienen detrás (nuestros hijos, nietos y descendientes). Un mundo donde solo parece importar el rápido beneficio económico, aunque este no sea sostenible o se cargue o ponga en peligro otra forma de vida tradicionales con la que los seres humanos hemos vivido toda la vida.

Mientras corre la gente se detiene y observa, algunos con asombro, otros con apoyo, pues en la desnudez de su cuerpo lleva escrito en el pecho y en la espalda, a modo de pancarta, unas letras a que dicen “SALVEMOS EL MEDIO AMBIENTE, AÚN ESTAMOS A TIEMPO”.

Antonio sabe que este mensaje es arriesgado, pero cree que es necesario hacerlo para despertar a la sociedad de nuestro letargo y motivarnos en nuestro proceder antes de que sea demasiado tarde. Su acto es un recordatorio de que aún estamos a tiempo de actuar como sociedad y proteger nuestro hogar común, la Tierra.

Cuando la policía finalmente le alcanza, el ambiente se tensa por un momento. Los transeúntes se paran formando un círculo alrededor del corredor y policías. Antonio, aún respirando con dificultad por la carrera, se enfrenta a la autoridad con una mezcla de desafío y paz en su mirada.

Estos, aunque inicialmente desconcertados por la situación, actúan por profesionalidad. Le explican a Antonio que no puede correr desnudo en público, ya que va contra las normas de la ciudad.

Antonio asiente con comprensión, sabiendo que su acto de protesta ha llegado a su fin, pero también consciente de que ha logrado su objetivo: llamar la atención sobre su causa.

Le ofrecen una manta para cubrirse y lo escoltan hasta la comisaría de policía para ser denunciado por alteración del orden público. Pero su acto no pasa desapercibido, pues la noticia de su carrera y arresto se difunde con prontitud en noticias de prensa y redes sociales, provocando debates sobre la libertad de expresión y la urgencia de la crisis ambiental que nuestras acciones nos están llevando.

En los Juzgados fue auxiliado por la Asociación “SALVEMOS EL PLANETA”, algunos de cuyos miembros son abogados y la concienciación que empieza a calar en la mente de más de un juez sobre el tema que nos ocupa, hizo que pronto estuviera libre de toda acusación.

Pero tiene muy claro que, cualquier otro día, irá por las calles a pegar carteles, repartir pasquines o convocar manifestaciones en contra de cualquier actividad humana que pretenda alterar el medio ambiente y/o destruir el planeta. Es una forma de ser de la que se siente muy orgulloso y piensa seguir luchando por ello.

**Andrés Cancho**

## A RÍO REVUELTO...

No sé si eran chinos, coreanos o japoneses los que estaban bajando del autobús panorámico por Florencia. Todos juntos, muy unidos, siguiendo las normas de comportamiento sugeridas por el guía. Visera, gafas de sol, bote de agua, cámara fotográfica al cuello y la cabeza levantada mirando algún monumento junto al río Arno.

En ese momento se formó gran revuelo de gente sobre el Ponte Vecchio. El guía pensó y le explicó al grupo que, seguramente, se trataría de un intento de robo de joyas de alguna de las múltiples tiendas instaladas en el puente.

Lo cierto es que no era el caso, sino que se trataba de un hombre desnudo huyendo, a la carrera, de un señor que lo perseguía blandiendo un bate de beisbol con la intención inequívoca de agredir al presunto amante de su esposa tras sorprenderles en plenas relaciones sexuales.

Pasados los primeros instantes de asombro y estupor, sin una sonrisa ni un comentario entre ellos, los orientales comenzaron a disparar sus cámaras fotográficas en modo ráfaga para inmortalizar la escena. Lo mejor de todo fue que el grupo pensó que se trataba de un montaje para turistas admitiendo que era una buena sorpresa pero que estaba fuera de lugar hacerlo a plena luz del día y en un sitio tan concurrido. No obstante, les dio por aplaudir la puesta en escena y contagiaron con su inaudita reacción a toda la concurrencia. La mayoría miró el reloj para ver la hora exacta de lo ocurrido pensando en volver al día siguiente para disfrutar de nuevo del espectáculo.

El hombre desnudo tenía cuerpo atlético y hubiera sido un buen modelo para Michelangelo si no fuera por el generoso tamaño de sus genitales. El perseguidor, seguramente un marido engañado por su esposa, les descubrió en el momento menos oportuno y reaccionó, herido en su amor propio, de manera impulsiva e irreflexiva, tal es el carácter latino.

Tras sobreponerse de lo impactante de tan singular episodio, un genio de los negocios y el marketing allí presente lo vio meridianamente claro y en no más de veinte segundos pergeñó una estrategia ideal para sacar pingües beneficios de la situación. Se puso en contacto con todas las tiendas de alhajas del puente para citar a sus propietarios, a las 22.00 h en las oficinas de su agencia.

La propuesta fue clara: el hecho puntual sucedido podría repetirse periódicamente si cada uno de ellos aportaba una cantidad previamente convenida. La publicidad y la simulación del oprobio correría por cuenta de su agencia.

Desde entonces, cada último domingo de mes, se conoce en Florencia como el Domingo de Corazones Rotos, y un señor desnudo corre por el Ponte Vecchio sorteando la masiva presencia de transeúntes perseguido por un marido ultrajado.

**Javier Alonso**

## FOGATA Y FUGA

Víctor, joven de veinte años, nunca había estado con una mujer casada y lo más erótico que había visto en su vida eran sus compañeras del equipo de natación de la Universidad en los entrenamientos. Silvia, es cierto, que lo acogió con cariño y le dio seguridad; él se enamoró sabiendo que era imposible, había sido un reto para él y salió triunfante. Aunque últimamente estaba decepcionado y aburrido. Todas las semanas iba a casa de su amante que vivía en una zona residencial de la ciudad; había dejado los estudios y el entreno y parecía que los sucesos los había provocado él, que deseaba poner entre la espada y la pared a Silvia ese veintiuno de mayo.

Filiberto estaba siendo vigilado por la policía desde hacía un año. Era un joven envidioso y cabreado con la vida, no aceptaba de buen grado que hubiese gente más inteligente y más guapa que él; quería pasar a la posteridad con algún hecho impactante en su biografía. Admiraba a Víctor por ser un gran deportista y porque se había ligado a una madura. Él anhelaba notoriedad y liderazgo entre las chicas. A veces notaba una voz interior que le ordenaba hacer cosas, ese veintiuno de mayo, a las cuatro de la tarde, tuvo clara la orden y salió para cumplirla.

Silvia era una mujer madura, inteligente y atractiva; había estudiado Psicología y montó un gabinete privado especializado en terapia de parejas. A los treinta y cinco años conoció a su futuro marido, tuvo un flechazo apasionado y a los seis meses se casaron; no tuvieron hijos y un año después su vida se convirtió en una monótona sucesión de días y noches sin nada de qué hablar, ni experiencias compartidas, con múltiples días sola, pues dejó de trabajar, por ello se fijó en Víctor, buen deportista y amante, que la había entretenido unos meses, pero estaba decidida a que hoy fuera el último día, dado que no tenían futuro y si lo tenían sería igual de aburrido que el actual.

Pedro era feliz, trabajaba mucho, eso sí, pero tenía una bella esposa y ganaba dinero; le encantaban los coches y el fútbol. Vestía trajes clásicos y desde que Silvia dejó de trabajar habían desaparecido los celos, lástima que por su trabajo estaba muchos días fuera. Él, con su esposa, el coche y el Real Madrid, no necesitaba más. El veintiuno de mayo fue un día especial, estaba en un Congreso y su jefe le dio permiso para irse prematuramente a casa. Cogió el primer avión y después un taxi para ir a su domicilio.

A las cuatro de la tarde, Víctor llamó al timbre. Silvia le recibió como siempre, batín floreado y bien perfumada le invitó a pasar; él se sentía seguro y decidido, tomaron café y rápidamente pasaron al dormitorio; unos minutos después sonó una explosión y el fuego se apoderó de la casa; Víctor saltó por la ventana al jardín y de ahí al exterior corriendo por el centro de la avenida, desnudo y chamuscado. Silvia se puso el batín, taponó las puertas con toallas mojadas y notó que no era capaz de saltar al jardín, puso una silla bajo la ventana y dio un impulso fuerte, terminó magullada pero en el jardín; salió al exterior de la parcela; en ese momento Filiberto tomaba una cerveza helada frente a la casa regodeándose de su obra, especialmente cuando el fuego se avivaba. Pedro llegó a la calle, cuando los bomberos, con la sirena al máximo, adelantaron al taxi, vio a un joven desnudo correr despavoridamente y más tarde a la policía llevando a otro joven detenido y con mirada ausente hacia el infinito, al parar el taxi vio a su mujer en batín que le decía – no es lo que parece- en ese momento deseó haberse quedado en el Congreso que terminaba a las ocho de la tarde.

**Jesús Montero**

## MALDITOS ROMANOS

¿Qué hora será? No puedo dormir. Desde que el Recaudador se presentó con aquellos soldados y se llevaron a Nuño, no tengo ni un momento de calma. ¿Qué le estarán haciendo? ¿Podrá soportarlo? ¡MALDITOS ROMANOS!

Vivíamos felices y tranquilos en nuestra aldea hasta que ellos aparecieron. Se han adueñado de todo lo nuestro y hasta de nosotros mismos. ¡Malditos romanos!

Ellos dicen que no, que seguimos siendo libres. ¿Libres? Nos llaman “peregrini” y se adueñan de todo lo que tenemos; afirman que es para pagar los impuestos a Roma, pero como eso les parece poco, se llevan a los hombres a trabajar en la mina. ¡Malditos romanos!

Yo sé que ese trabajo es insufrible. Casi ninguno vuelve con vida. Aun así esperaré cada noche a mi Nuño. Somos jóvenes y tenemos que fundar una gran familia. Sé que él hará todo lo posible por volver. ¡Malditos romanos!

Parece que veo una sombra avanzar al final de la calle. ¡Sí! Es un hombre que viene con prisas y da la impresión de que se tambalea. Se sujeta en un palo que le sirve de bastón ¡Y viene desnudo! ¡Nuño! ¡Es mi Nuño! Miro a todos los rincones, no se ve alma viviente por ningún lado. Que no asome nadie a una ventana y lo descubra. ¡Malditos romanos!

La calle no parece la misma, aunque sigue a oscuras, para mí ahora tiene luz. Él avanza titubeante, aunque se nota que todo lo de prisa que puede. Llega frente a la entrada de la casa. Yo contengo la respiración y abro de prisa para que entre. Él atraviesa la puerta jadeante, callado, sombrío. Inseguro sobre sus piernas, cae de rodillas. ¡Malditos romanos!

— ¿Qué te han hecho?— le pregunto. Pero apenas puede hablar. Curo su cuerpo lleno de heridas y las llagas de sus pies. Le pongo un jubón limpio y le dejo que descanse un poco. Más tarde, al amanecer, me cuenta cómo ha escapado de aquella mina, que no es otra cosa que una tumba para los que allí son obligados a trabajar. ¡Malditos romanos!

Lo tenemos decidido, pasará el día escondido. Y, la próxima noche, correremos juntos más allá de las montañas. A algún lugar donde ellos no hayan llegado todavía y, quizás, no lleguen. Allí Nuño seguirá haciendo sus vasijas y yo las cambiaré por trigo en el mercado. Y construiremos una pequeña cabaña en la que podremos vivir a salvo de los malditos romanos.

**Cele Lázaro**

## UNA ESTAMPA ROTA

Era una estampa de tintes costumbristas la que se podía observar ese domingo de principios del verano en la avenida principal de aquella ciudad. Y aunque es verdad que la estampa correspondía a esa ciudad en concreto, sin mucho esfuerzo podría extrapolarse a otras muchas ciudades en esos momentos.

Sobre la amplia avenida el sol apuntaba desde lo alto porque rondaba el mediodía. Se veía bastante gente transitar por allí con un caminar que se adivinaba ocioso; sus atuendos, aunque ligeros, acordes con el calor que ya hacía, eran domingueros. Sobre las aceras, cada corto trecho, sin más asiento que el duro suelo, una mujer o, con mayor frecuencia, un hombre, mostraba en un tosco cartel el por qué de su mendicidad. Los operarios que trabajaban en las terrazas que proliferaban en aquella zona se afanaban por abrir sombrillas e instalar sillas.

Pero, tal cual como si un puñetazo se hubiera asestado sobre esa estampa, esta quedó rota. La fuerza de un hombre desnudo corriendo consiguió hacer un hueco en ella y desdibujarlo todo. Sin duda había logrado atraer la atención de todas las personas allí presentes, sin excepción sorprendidas, algunas escandalizadas.

El hombre, desnudo pero altivo, de cuerpo armonioso, ralentizaba su carrera, casi se detenía, cada vez que pasaba a la altura del letrero lastimoso que acompañaba un cuerpo pobremente vestido y en ocasiones mutilado. Consiguió llegar al final de la avenida antes de ser apresado, pero dudaba de haber alcanzado el objetivo que perseguía. ¿Son razonables sus dudas? ¿Los titulares de los periódicos iban a quedarse solo con la presencia de un hombre desnudo corriendo por la avenida principal?

**Natividad Martín Ciudad**

## EL EXTRAÑO SUCESO

No sé quién soy ni por qué voy corriendo por las calles de esta ciudad que no reconozco. La gente me mira y se aparta de mi lado; van abriendo un sendero entre las baldosas de la acera por las que yo me cuelo como una anguila. Escucho susurros y frases entrecortadas que apenas entiendo: *Mira, va desnudo ¿Qué le habrá pasado? Seguro que va borracho o drogado. Habría que llamar a la policía.* Una mujer mayor me toca el brazo: *Oiga, ¿se encuentra bien? ¿Quiere que llamemos a emergencias?* Yo me paro, la miro y no sé qué responder. ¿Me encuentro bien? Entonces tomo conciencia de mi cuerpo desnudo; me palpo con cuidado la cabeza, el pecho, los brazos y las piernas. Asiento como un autómatas y sigo caminando. Alguien pone una gabardina sobre mis hombros. Hace frío; mi piel se ha erizado y me doy cuenta de que voy pisando charcos. Imágenes inconexas se agolpan en mi cerebro: despertar en la cima de una colina, luces brillantes, sonidos que no sé identificar y que me aturden. Luego silencio, el brillo de las estrellas en lo alto. Algo me impele a alejarme corriendo de aquel lugar. No recuerdo qué hago allí ni por qué estoy tan asustado. Nada. Mi mente es un recipiente vacío, como si hubieran extraído, uno a uno, cada uno de mis pensamientos.

Mis ojos vuelven a posarse en las personas que me rodean como guardianes que vigilan mis pasos. Unas manos recias me sujetan y me arrastran hacia un coche. Me dicen que son policías y que me llevan al hospital. Unos hombres con bata auscultan mi cuerpo, me hacen preguntas, pero yo no puedo contestarlas. Me acuestan en una cama y me inyectan algo. Unas palabras enigmáticas llegan a mis oídos: *Síndrome postraumático. Amnesia disociativa.*

Caigo en una vorágine de imágenes que se confunden en mis sueños: un foco de luz potente se cierne sobre mí, una fuerza descomunal me impele hacia arriba, ojos extraños escudriñando mi cuerpo. Siento frío, calor, dolor... ¡terror! El pánico va invadiendo mi mente como un cáncer.

El sonido de unas voces me hace despertar, abro los párpados con esfuerzo, pero no reconozco a las personas que me rodean. *¡Papá! ¿Cómo estás?*, escucho a mi lado. La niña que habla se abalanza sobre mí, abrazándome. Su cara está húmeda por las lágrimas. Otro rostro se cuele en mi campo de visión; es una mujer rubia y guapa: *Cariño, ya te dábamos por perdido. Hace varios meses que desapareciste sin dejar rastro. ¿Dónde has estado todo este tiempo?* El hombre de la bata blanca interviene para poner fin al interrogatorio: *Ya es suficiente. Ahora no puede contestar a nada. Ya les expliqué que sufre amnesia y está claro que no las reconoce. Hay que darle tiempo y hacerle más pruebas. Ahora debe descansar.*

Me quedo solo y pienso en las personas que acaban de irse. No las recuerdo. Mi cerebro está sumido en una espesa niebla que no sé si llegará a despejarse en algún momento.

Está puesta la televisión. Me cuesta concentrarme, pero distingo unas palabras que encienden una luz en mi mente: *En las últimas semanas se han producido misteriosas desapariciones de personas. Algunas han aparecido con claros síntomas de amnesia y no saben explicar qué les ha ocurrido ni dónde han estado. Por otro lado, se han notificado numerosos avistamientos de objetos no identificados en el cielo y luces brillantes que no tienen explicación. No sabemos si ambos acontecimientos están relacionados, pero la noticia resulta muy inquietante.*

**Isabel González**



## NOCHE DE FUNERAL

Fue terrible aquel día de agosto. En las iglesias, los campanarios celebraban el día de la madre de Cristo y en las calles los curiosos apuntaban con el dedo a un hombre que corría desnudo con el miedo impregnado en el rostro. Las beatas que iban a misa se cubrían los ojos con las manos y los borrachos que venían de recogida regaban las aceras con salivazos que se les escapaban con las carcajadas.

El párroco del pueblo, Fermín Martín, dio el pésame en la homilía a las familias de las cuatro parturientas que esa noche habían fallecido intentando dar a luz a sus respectivas criaturas. Las cuatro mujeres, vecinas todas del barrio del Ejido, parece que se pusieron de acuerdo para parir la misma noche y a la misma hora o, más bien, para no parir. Lo que el párroco no dijo, pero sí se comentó en los corrillos a la salida de la misa fue que, según se rumoreaba, el padre de los cuatro nonatos era el mismo hombre, Ramón Ventura, y que había pasado aquella noche con la mujer del alguacil. Al enterarse este y entrar en su casa fusil en mano, el golfo de Ramón había salido por patas corriendo en cueros por la cuesta de Aldana esperando encontrar refugio en casa de su cuñado Cándido. Ramón no se esperaba que el alguacil fuera poco rato después hasta esa misma casa sabiendo que el bueno de Cándido era el único capaz en todo el pueblo de dar cobijo a una persona como Ramón.

A la mañana siguiente cinco ataúdes llegaban al cementerio a la misma hora: cuatro mujeres con sus retoños muertos dentro de sus entrañas y un hombre, un hombre malo y sin nadie que le llorara, pero con pleno derecho, por bautismo, de ser enterrado en lugar sagrado.

Fermín Lozano, alguacil hasta ese día, fue vitoreado por los vecinos que componían el cortejo fúnebre al pasar el furgón de la Guardia Civil por la puerta del camposanto dirección al calabozo de Zafra.

Nueve meses después, en los corrillos a la salida de la misa, solo se hablaba de la criatura que había parido la mujer de Fermín Lozano: una bestia con los ojos rojos y rabo de lagartija, pero con la boca igualita, igualita que la de su padre.

**Javier Barragán**

## STRIPTEASE EN JUEVES SANTO

Todo comenzó por un acto de rebeldía ante aquella sociedad puritana de la década de los 50 que no hacía más que poner cortapisas a una juventud dispuesta a emular a los ídolos del momento: Elvis Presley y James Dean. Elvis aparecía en todos los televisores y pantallas de cine contorneando sus caderas en insinuantes movimientos pélvicos al mismo tiempo que levantaba el cuello de su *chupa* de cuero y retocaba su disparatado tupé. James, “el rebelde sin causa”, se mostraba en las revistas de moda exhibiendo sus ojos azules, su carita de buen adolescente y su sombrero tejano a los mandos de su Porche Spyder 550. Nada que ver con el toque de queda que la costumbre religiosa de la Semana Santa imponía a aquellos jóvenes ansiosos por salir de la rutina. Fue a Andrés al que se le ocurrió proponer a su grupo de amigos hacer algo que fuera sonado; lanzó la apuesta al aire una tarde de Jueves Santo mientras ejecutaba una certera tacada sobre la mesa de billar de los *recreativos*.

—A ver quién se atreve a salir a las doce de la noche desnudo por la Avenida. Será solo una carrera desde el kiosco de prensa hasta la estatua del poeta. Cien pesetas la apuesta.

Solo tres amigos levantaron la mano divertidos, mientras que el resto hacía gestos a Andrés insinuando, con un dedo en la sien, que estaba loco.

A la hora convenida, Andrés salió de entre los arbustos del paseo con una bolsa en la mano y desposeído de toda la ropa, se tapaba sus partes íntimas con la bolsa mientras miraba en todas las direcciones para ver si veía llegar a los tres amigos implicados en la apuesta. A su espalda, un fuerte rugido sacudió sus oídos y le produjo un tremendo escalofrío que recorrió todo su cuerpo. No le dio tiempo a reaccionar y empujado por el miedo emprendió una carrera por la larga avenida; no osaba mirar hacia atrás. Al llegar a la estatua del poeta, una patrulla de la Policía Local abortó su carrera. Esa noche no tuvo más remedio que dormir en el cuartelillo y pagar una multa de cien pesetas por escándalo público.

Al día siguiente la noticia había corrido como la pólvora. La prensa local abrió edición con un gran titular: ***Detenido un joven que se exhibía desnudo en la noche del Jueves Santo.***

**María J. Llanos**

## LA ÚLTIMA MARATÓN

Levanto la vista del libro que estoy leyendo y no doy crédito. Veo a un hombre mayor corriendo desnudo calle abajo. Cierro y abro los ojos con asombro porque no puedo creer lo que veo. Y sí, corroboro que es Don Antonio, mi vecino, que está perturbando la tranquila y plácida mañana de este sábado, corriendo como si le fuera a vida en ello por el centro de nuestra ciudad.

Don Antonio es un señor muy conocido por todos, de edad avanzada, comedido y conservador que suele vestir con elegancia y que no se alterara por nada. Sin embargo hoy corre como un gamo, con un periódico doblado tapando sus partes púdicas. Mira hacia atrás con cara de susto pero no para de correr.

Destacan sus piernas largas y huesudas, llenas de pelos blancos. La espalda también peluda, con abundantes pecas y manchas propias de la edad y la protuberante tripilla que se observa al ir sin ropa y que, con ella puesta, se le disimula bastante.

Llama la atención porque lleva zapatillas y calcetines deportivos, por lo que es aún más asombroso el hecho de que vaya desnudo. Corre sin intentar esconderse como si le fuera la vida en ello, mientras la gente le mira estupefacta desde las terrazas de las cafeterías o desde las puertas de las tiendas.

De pronto, gira la esquina un coche de la policía local, y dos agentes le dan el alto. Don Antonio levanta los brazos y con lágrimas en los ojos da gritos de alegría, mientras se abraza a la autoridad. Entre tanto, escuchan sus explicaciones, le cubren con una chaqueta y le ayudan a entrar en el vehículo.

Al día siguiente, comprendemos el resto de la noticia al leer el titular de prensa.

### ***“NUESTRO VECINO, DON ANTONIO GUTIÉRREZ FUE ATRACADO AYER DESPUÉS DE SACAR DINERO DE UN CAJERO AUTOMÁTICO”***

*Los ladrones le acorralaron en un callejón y, a punta de navaja, le obligaron a quitarse la ropa para que no pudiera seguirlos, pero permitieron que se quedara con su calzado. Con lo que no contaron fue con su huida espectacular, desnudo, por las calles de la ciudad. No sabían que en su juventud, Don Antonio había sido corredor de maratones.*

**Concha Ibáñez Montero**

## VARIACIÓN DE UN POEMA DE DUENDE JOSELE

*A “Duende Josele” (José Manuel Díez).  
El auténtico poema “Imagina un caballo” es suyo.  
Este es un experimento literal, como cuando un aprendiz copia a Velázquez.*

Imagina un hombre desnudo.  
Imagina un hombre desnudo corriendo en la noche.  
Pero no en un anuncio ni en un espectáculo, sino sobre el asfalto de las céntricas calles de una ciudad cualquiera, con luces de neón y gente que camina, una ciudad de tantas donde jamás ocurre nada extraño, nada tan asombroso ni tan inexplicable como nuestro hombre desnudo imaginario.

Imagina un hombre desnudo.  
Imagina un hombre desnudo corriendo en la noche.  
Y la gente se aparta y argumenta y discrepa. Y señala al hombre desnudo como a un ser de otro mundo.  
Pero el hombre desnudo solo es un hombre desnudo.  
Está muy blanco y destaca en la penumbra.  
Corre y resopla.  
Y no lleva ropa, solo pelos y músculos y ojos.  
Y grita.  
Y sus pasos avanzan resonando en lo muerto del cemento de esta ciudad que nunca vio un hombre desnudo corriendo por sus calles, tan libre, tan desnudo, tan animal.

Imagina un hombre desnudo.  
Imagina las formas de un hombre desnudo que escapa, nadie sabe de dónde ni hacia dónde.  
Quisieran unirse a su carrera, y en un instante sucumbir para siempre en su fuga solitaria y heroica.  
Pero nadie se atreve.  
Hay que ser, para hacerlo, solitario y heroico.

Imagina un hombre desnudo corriendo en la noche.  
Un hombre desnudo que corre como corre el deseo.  
Y piensa en la ciudad al día siguiente, consternada y eufórica, recordando la escena del hombre desnudo.

Así es un buen poema:  
Sentimiento corriendo donde nadie lo espera.

**Antonio Polo Márquez**

## INOCENTE

— ¡Qué bochorno! Y no será precisamente por la temperatura que hace. Por si fuera poco, esta maldita lluvia sobre mi piel desnuda me está dejando helado. ¿Eh? ¡La policía!

¡Qué vergüenza, qué vergüenza! Mañana toda la ciudad se habrá enterado. ¿Cómo voy a aguantar las risitas de mis compañeros en el trabajo? Eso por no hablar del jefe, que puede que me expediente o incluso me despida.

¿Con qué cara les digo lo que ha pasado? Todavía se mofarán más de mí, mejor será no abrir la boca y que piensen lo que quieran.

Laura vivía en la avenida principal de la ciudad, como sus padres se habían ido de viaje pensó que era buen momento para hacer una fiestecita en casa.

Enseguida se acordó de Arturo, y vio la oportunidad para tomarle un poquito el pelo.

Arturo era el típico “babosete” de cualquier fiesta que se pasaba la noche detrás de las chicas haciéndoles requiebros siempre con segundas intenciones.

Con la promesa de un novedoso juego llamado *strip póker*, Laura y sus amigas le invitaron a divertirse un rato.

Le explicaron la mecánica del juego: Consistía en hacer una pregunta y si la respuesta era errónea habría que quitarse una prenda y, así hasta quedarse desnudos. Arturo se frotó las manos ante la perspectiva de quedarse todos en pelota picada y aceptó entusiasmado.

Cuando el juego estaba de lo más animado y el invitado ya había perdido todas sus prendas, oyeron cómo se abría la puerta de la calle. Todos se miraron con cara de susto al comprender que los padres de Laura estaban de vuelta.

Las chicas, nerviosas, ante la posible reprimenda de los progenitores corrieron para ocultar a su amigo desnudo y no encontraron mejor solución que expulsarle por la escalera de servicio.

Allí lo encontró el portero del edificio que comenzó a insultarle llamándole perverso, mientras reclamaba a voz en grito a la policía. Con el susto en el cuerpo Arturo salió corriendo escaleras abajo hasta alcanzar la calle intentado ocultarse bajo las cornisas de los edificios y refugiarse de la fina lluvia. Hasta que un coche de policía le interceptó para llevarle a comisaría.

Allí relató lo ocurrido.

—He sido presa del engaño de unas chicas desalmadas —dijo compungido. Yo sólo quería divertirme un rato. Es un juego inocente, decían ellas. Y así fui cayendo en la trampa, señor agente. Primero la chaqueta, luego los pantalones, la camisa, una prenda tras otra hasta dejarme desnudo, mientras que ellas se habían surtido de pañuelos, pendientes y toda clase de abalorios para no quitarse ni una triste prenda de ropa. Soy inocente señor.

**Juani García**

## EL RECITAL

Cuando finalizó el recital, el poeta se quedó desnudo sobre el escenario. Con cada uno de los versos se fue desprendiendo de las vestiduras falsas y las máscaras con las que había opacado su existencia a lo largo de los años. Su alma fue alcanzando una transparencia inusitada ante la mirada atónita de los espectadores, entre los que se encontraban, como siempre, sus amigos más cercanos y queridos.

Ya lo había advertido en los días previos: aquel acto no sería un recital común. Sentía la necesidad apremiante de poner algo de luz a sus rincones más ocultos, rescatar poemas que hasta entonces había vetado por su sinceridad descarnada e incómoda.

Después de leer la última pieza, con una voz lenta y acompasada, las caras de asombro sustituyeron a los aplausos habituales. El silencio se extendió como una fina lámina de caramelo que nadie se atrevía a romper con palabras vulgares.

El poeta bajó de la tarima, salió del local y echó a correr.

Dicen que lo vieron, con toda su desnudez, por la avenida principal. A su paso caían las hojas de los árboles que formaban una tupida alfombra para evitarle la dureza del pavimento en sus pies descalzos. Un niño le señaló con el dedo, reconociendo en su figura extraña un halo de inocencia.

Nunca más volvió a saberse de él tras aquella tarde. Algunos amigos creyeron que se encerró en su casa entre montañas de libros. Otros dijeron que huyó a tierras lejanas en las que buscar nuevas máscaras para ocultar aquello que ya todos conocían. A ninguno se le ocurrió leer un último poema que había abandonado en el atril. Allí anidaban todas las preguntas, porque, como sabemos, la poesía no da respuestas, sino lo contrario.

**Víctor M. Jiménez Andrada**

## 800 POR 2

Ochocientos metros tiene la avenida principal, la más comercial de la ciudad. Todos los bajos de los edificios, uno sí y otro también, están ocupados por tiendas, restaurantes, cafeterías, estanco, una farmacia, un banco y hasta un centro de salud.

Desde las diez de la mañana, hasta bien entrada la noche, un hervidero de gente deambula sin tregua por la repleta calle.

Una de las esquinas está ocupada por el establecimiento más antiguo, una antigua taberna reconvertida en mesón.

Esta mañana un hecho totalmente inusual sobresaltó a la concurrida calle.

A las once, con todos los establecimientos abiertos y la calle rebosante de público del antedicho mesón y, a toda la velocidad, salió un hombre completamente desnudo, con una poblada barba, gafas de sol y una gorra deportiva, calzado con unas zapatillas. Se dirigió a todo correr al centro de la calle sorteando algunas mesas y farolas. La asombrada multitud no dio crédito a sus ojos ante el inusual espectáculo. El nudista, a toda velocidad, se dirigió al final de la calle.

—Esto es un programa de esos de cámara oculta— explicó una señora al grupo de amigas que tomaban café en una terraza.

—No miréis que os van a sacar en la tele.

—Sí hombre, me voy a perder yo el espectáculo— dijo la más joven.

—Pues a mi marido no le gana— manifestó otra con una pícaro sonrisa.

—Ni al mío cuando tenía la edad del nudista— dijo la compañera.

—Vergüenza ajena me da a mí el hombre, será mejor mirar para otro lado no vaya a ser verdad lo de la cámara oculta— opinó una más.

En la mesa de al lado, dos sesudos caballeros disfrutaban de un carajillo.

—Esto me huele a un anuncio de colonias, ya no saben qué inventar.

El compañero, ajeno al comentario, despotricaba contra el libertinaje, el gobierno, la juventud y la falta de pudor de la sociedad actual.

Unos pasos más adelante, dos chicas adolescentes miraban la escena conteniendo la risa. La que parecía mayor hizo un comentario totalmente inadecuado para su edad y el uniforme del colegio religioso que vestía.

—Es que hace fresquito y debe estar nervioso el hombre, en condiciones normales será otra cosa— apostilló la compañera soltando una carcajada.

Una abuela tapó los ojos de la nieta que, sorprendida, comentó:

—Abuela, parece papá cuando se está duchando, pero sin barba.

Mientras, el nudista llegó al final de la calle y, con la misma rapidez, se dio la vuelta y enfiló de nuevo al centro de la vía.

—Ahí vuelve— se oyó entre la multitud.

Las puertas de los locales se llenaron de gente que se perdió la ida y no quería perderse la vuelta.

—Maite, mira, lleva zapatillas caras.

—Olé mi niña, mira en lo que se fija, de verdad que te tienes el cielo ganado.

—Pues un Adonis no es— explicaba la estanquera al cliente.

—Es que, desnudos, los hombres perdemos mucho— manifestaba este con una sonrisa.

Mientras, nuestro protagonista llegó al mesón de donde salió, entró como una exhalación al tiempo que se arrancaba la barba postiza, se liberaba de las gafas y la gorra y gritaba a la expectante concurrencia:

—Nadie habló de ir andando, me moría de vergüenza. Alguien me podía haber reconocido corriendo. Así es más difícil. De modo que habéis perdido, he recorrido la calle dos veces en pelotas cuando más gente había. Una apuesta entre caballeros se paga a la voz de ya, cincuenta pavos cada uno, que son quinientos. Los ingresáis directamente a la cuenta de “Médicos sin fronteras”, no hace falta que digáis que el médico de familia del centro de salud es el imponente, poner cualquier nombre. Me dais el recibo de ingreso. Ahí enfrente tenéis el banco. ¡Hala marchando!

**Jesús Rodríguez**

## MÍMESIS

La ciudad se reencontraba en la mezcolanza de su Mercado Medieval con sus puestos ocupando parte de la misma. El bullir en la calle y el olor a especias y perfumes exóticos tenían alterado a Sancho con esos efluvios que penetraban por su balcón del tercer piso. El cohabitar tanto tiempo con la locura empezaba a pasarle factura y bastaron esas fragancias, invadiendo su cómodo hábitat, para que saliera zapeando escaleras abajo y, en cueros vivos, cruzara la calle para adentrarse corriendo en la agradable fronda del paseo salpicado de tenderetes; su enorme bandujo casi le tapaba un sexo exiguo. Su pensamiento y su norte se orientaban hacia el parque al final de aquel bulevar, por el que seguía su carrera, allí donde estaban los cacharritos.

A media distancia paró de pronto ante una carpa que ofrecía vestidos y telas coloridas muy vaporosas; a la gente que allí concurría la confundió con el grupo de mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia, en aquel nefasto encuentro con su señor. Se quedó mirando fijamente a uno de ellos y todos quedaron pávidos cuando de nuevo reinició su carrerilla. Por fin en aquel parque estaba lo que buscaba, entre un camión de bomberos y la carroza de *Cenicienta*, ensartado sobre un eje, simulando un trote alegre y con la boca abierta rozando una sonrisa de resignación, *Rocinante* lo esperaba sobre aquella plataforma del tiovivo y Sancho presto a montarlo.

Las sirenas de la policía rondaban cerca y, raudo, un agente municipal cubría las vergüenzas de aquel mostrenco rodeado de la chiquillería impaciente por alzarse a aquel círculo mágico, alegrándose de que no se hubiera llevado a cabo semejante osadía.

De camino al coche patrulla Sancho se dirigía— a los que para él eran corchetes de la justicia— advirtiéndoles de la presencia de aquel grupo de mercaderes, donde se encontraba un mozo de mulas, que con ellos venía, el cual había propinado una monumental paliza a *Don Quijote*.

—Sí, Don Sancho, sí, —le decía un policía— mientras le hundía su cabeza con una mano para arrellanarlo en el asiento trasero— podrá usted hacer la denuncia que estime oportuna...como siempre.

**José A. García Feria**



## EL INSTANTE Y LA LUZ

Cuántas veces había contemplado aquella misma imagen, sin embargo, ese día, vi el resplandor detrás de la montaña, aislado de los últimos rayos del sol poniente. Supuse que el color amarillo que iluminaba los frondosos árboles procedía de una lengua de fuego, colocada allí por el pintor oscuro que pinta los enigmas y los asuntos prohibidos. De un salto bajé tres escalones seguidos y la luz del portal iluminó mi cara, cegándome por un instante. Al atravesar el portal no existía la acera, ni la frutería de enfrente, tampoco la bicicleta de mi vecino, ni el árbol al que la ataba. La tierra roja sostenía mis pies y una fría brisa resbalaba por las mejillas. Delante de mí, a escasos pasos, comenzaba a inclinarse la montaña de piedra y tierra. Por mucho que agucé la vista no pude ver la cima, envuelta en la oscuridad confundida del cielo y las estrellas, solo un pequeño foco resplandeciente invitaba a acercarme y descubrir el génesis de esa luz del todo impostada en aquel paisaje tan desolado. Avancé decidido hacia los únicos seres vivos que existían, los dos exuberantes árboles iluminados que movían sus ramas acompañadas a las brisas de poniente, al llegar a sus troncos pude ver el germen de la luz, aunque su sola visión, por un instante, causó en mis ojos y mi mente un fogonazo blanco amarillento que me obvió cualquier otra imagen mental y nubló mi entendimiento, de tal modo que solo después de unos minutos, logré ver la tierra bajo los pies. Alrededor de la piedra fosforescente, seres con las cabezas cubiertas de extrañas construcciones se embelesaban en la luminiscencia, todos imantados por la roca, solo uno que, con la cabeza levantada, me hacía gestos de llamada. Su cara y su cabeza cubierta, cambiaron varias veces mientras me acercaba y desde un primo que hacía años que no veía, hasta una amiga reciente con un gran libro abierto en su regazo. Hilos luminosos conectaban el libro y la roca, hasta que mi amiga convirtió su faz en arena negra. Abrió su boca grandemente con intención de engullirme. Espantado retrocedí y todos los ensimismados contempladores de luz giraron sus rostros hacia mí y comenzaron a reír. Había vecinos, amigos, gente conocida que cambiaba su rostro con cada carcajada, incluso gente a la que despreciaba por alguna nimia razón, hasta que, de un prodigioso salto, aterricé en mitad de la roca fosforescente y se hizo el silencio y la oscuridad. Comencé a sentir un frío intenso que me llegaba a lo más profundo y quise pedir alivio de ropas, pero no quedaba nadie allí, todo, salvo una roca sin luz y un gran libro, había desaparecido. Lo cogí entre mis brazos y empecé a correr para entrar en calor, cada vez más rápido y mientras lo hacía iban apareciendo a los lados aceras, casas y algún viandante que me miraba. Vi la frutería y el árbol y la bicicleta de mi vecino. Subí las escaleras jadeantes. Del libro solo recordaba sus pastas de cuero viejo y su olor. Estaba desnudo, sentado en el único butacón de mi casa. Era noviembre y la claridad asomaba por la ventana del comedor.

**Ángel Rodríguez García**

## **Informe policial número 22/06/2024**

### **1.-Datos de identificación:**

**ACUSADO 1: J.G.P.**, atleta profesional. **DENUNCIANTE: G.B.P.**, con domicilio en Gran Vía número 1. **ACUSADO 2: VHN**, vigilante de seguridad.

### **2. Descripción del incidente:**

Que, a consecuencia de la llamada telefónica del **Denunciante**, dos agentes de esta comisaría se personaron en la Gran Vía el pasado lunes a las cinco de la mañana. Que encontraron al **Acusado 1** corriendo sin ropa, excepto calcetines y zapatillas. Que, al ser interrogado sobre por qué corría en estado de desnudez, el denunciado alegó que se encuentra entrenando para la maratón que se va a correr en dicha Avenida el próximo 10 de septiembre y que el vaivén de su miembro viril sobre los muslos le marca el ritmo al que debe correr. Que, al ser interrogado sobre por qué corría por dicha Avenida, el acusado responde que porque es el lugar por donde se va a correr la mencionada maratón. Que, al ser interrogado sobre porqué corría a las cinco de la mañana, el acusado responde que para poder correr desnudo sin que nadie le moleste.

### **3. Testimonios y declaraciones:**

**El denunciante** declara que, al estar preparando la oposición de enseñanza secundaria, se queda hasta tarde estudiando para evitar el calor diurno. Que, al ver corriendo al denunciado se distrae de sus tareas, ya que el movimiento del miembro viril del acusado “se le mete en la cabeza y le impide la concentración” (sic).

**Acusado 2. VHN**, vigilante nocturno, testigo de los hechos, alega que “ver ese cuerpo perfecto por detrás y por delante, ha hecho de su trabajo un placer” (sic). Declara que, si los susodichos agentes detienen al susodicho corredor, el susodicho vigilante se vería obligado a agredir con su arma reglamentaria (o porra) a dichos agentes, cosa que hizo al tratar de cumplir estos con su deber.

### **4. Acciones tomadas por la policía:**

**PRIMERA: ambos acusados**, corredor **J.G.P** y vigilante **VHN**, fueron arrestados por los agentes del orden. Produciéndose un nuevo altercado en el furgón policial, ya que al no tapar el chaleco reglamentario que le proporcionaron los agentes el miembro viril del primer acusado, el segundo acusado trató de atacar al primero al grito de “que rico, qué rico” (sic).

**SEGUNDA:** terminadas las diligencias pertinentes y proporcionando al **primer acusado** ropa adecuada, se ha dejado en libertad a ambos bajo la promesa de dejar de correr desnudo en el caso del **primer acusado** y de respetar tanto la autoridad, como los miembros viriles ajenos, en el caso del **segundo acusado**.

**Belén Gómez**

## **ERES UN DESASTRE, MANOLO**

A todo el mundo que llenaba las aceras le sorprendió verlo desnudo. Había llovido toda la semana, un tiempo desapacible, y el último día del año no fue diferente, aunque la lluvia había dado paso a unos copos, como escamas de coco, que se posaban con delicadeza en los coches, en las marquesinas y los tejados, y que blanqueaban las cabezas de los transeúntes.

A pesar del día frío como un demonio, Manolo no se lo pensó dos veces. Tenía toda la ropa mojada en el tendedero. Ni un jersey limpio. Pero se había prometido que ese año participaría como fuese, aunque todo se estuviera volviendo en su contra. Ni siquiera había conseguido un dorsal.

Se encajó un gorro de Santa Claus y echó a correr la calle abajo. Le extrañó ser el único participante. No sabía que hacía ya mucho rato que se habían repartido los premios. Más tarde se enteraría de que se había equivocado en la hora. Le dio rabia tener que darle la razón a Teresa. No podía ser que fueran verdad todas las cosas que decía de él.

**Soledad García Garrido**

## LOCURA O INFIDELIDAD

Un hombre de mediana edad, corría desnudo por la avenida principal de la ciudad tapándose los genitales con sus manos. Mi mirada se cruzó con la suya. Por un instante creí reconocerlo. Al darme la vuelta fue cuando percibí que iba totalmente desnudo, detrás de él corría un perrito, de tamaño mediano, ladrándole. Me dirigía a nuestra casa, esa casa a la que juré no volver cuando salí de ella. Busqué cobijo en la familia. Mi vida transcurrió sin que nada importante sucediera. No tenía curiosidad e interés por nada.

Nada más abrir la puerta sentí una especie de fuerza que me expulsaba de allí. En la entrada, encima de un pequeño mueble, solías tener una botella de plástico con la forma de la virgen de Fátima llena de aguardiente, el tapón era la corona de la virgen y de cuando en cuando, bebías un trago como si fuera agua bendita. El salón estaba intacto, igual que lo dejé cuando me marché. Seguí dando vueltas por toda la casa, por la habitación que habíamos reservado para la visita de los familiares, la cocina, el cuarto de baño...

No me atrevía a entrar en nuestro dormitorio pero entré sin encender la luz. Sin mirar a la cama me dirigí directamente a subir la persiana. La luz del exterior iluminó la cama que aún seguía deshecha. Como tú la dejaste, cuando te encontré aquella tarde abrazada a otro hombre. Tu mirada no fue de sorpresa, sino de reto, acompañada con una sonrisa que parecía iluminar tu cara. Salí fuera sin decir nada. Él se quedó dentro. Tú saliste semidesnuda y con la mayor naturalidad me increpaste diciéndome que podía haber avisado de mi llegada. Como única respuesta te dije que te marcharas. No quería verte más. Gritaste que si el infiel hubiera sido yo me habrías perdonado; pero al ser tú, la descarriada de la senda correcta, no tenías derecho al perdón.

Cuando salía del dormitorio, vi que era más joven que yo. Le miré a la cara y él se marchó sin decir nada. Yo también me fui. Ella se quedó recogiendo sus cosas.

Recordé la cara del hombre desnudo que corría por la avenida principal y me pareció que era el mismo hombre que estaba contigo en nuestra cama. ¿Se habría vuelto loco de amor por ti o escapaba de otra cama infiel?

**Pilar Ruiz Estévez**

## LA CARRERA DEL HOMBRE DESNUDO

Oyó cierto revuelo a su paso, pero solo se giró cuando la mujer que caminaba a su lado por la acera gritó escandalizada primero, y echó una carcajada enorme, después. Había un hombre desnudo, sí, totalmente desnudo, corriendo despavorido por la calzada de aquella gran ciudad donde nunca ocurría nada improvisado. La gente deambulaba por las aceras a sus trabajos, al mercado, a sus casas, como si fueran autómatas; un día igual a otro; un mes igual a otro, un año igual a otro.

Corría a tal velocidad que solo pudo observarlo durante unos pocos segundos, pero le bastaron para deleitarse con la visión de aquella singular escena. Si se hubiera mirado en un espejo en ese instante seguro que se vería con la boca abierta. El espectáculo no era para menos. Los coches pararon a su paso, algunos por no atropellarlo y otros por no perderse aquel hecho insólito. Todos los transeúntes lo siguieron con la mirada hasta que lo perdieron de vista al final de la calle. Sin conocerse de nada comenzaron a hablar entre ellos preguntándose por qué motivo este hombre corría desnudo por la calle. Casi todos se apiadaron de él aduciendo que sufriría de algún trastorno mental. Él tenía una explicación más novelada del asunto, pero se la guardó para sí: pensó que se trataba de una infidelidad; posiblemente algún marido bien enfadado lo pilló en la cama conyugal haciendo el amor con su esposa y no le quedó más remedio que huir sin tiempo para coger su atuendo. Era una posibilidad.

Cuando la calle recobró su ritmo, él continuó inmóvil mirando hacia donde había desaparecido ya el corredor. El suceso no lo había dejado indiferente. Continuó pensando en el hombre, dónde se dirigía, en qué momento pararía su carrera, qué haría sin ropa en la calle cuando parara... Junto a estas preguntas, una sensación de culpabilidad le embargó, ¿quién era él para juzgar a un desconocido sin saber las casuísticas que le rodeaban? ¿Qué tenía de malo que el hombre fuera desprovisto de ropas, si no hacía mal a nadie? Ya está bien de dar explicaciones a todo lo que ocurre. Después del sentimiento de culpa, al que no le concedió mucho tiempo, quiso ser solidario. Aquel hombre tenía todo el derecho a ir como él quisiera. Más que críticas necesitaba apoyo. Incondicional, por qué no. Y tras esta fugaz reflexión decidió salir a buscarlo y además iría corriendo, así sentiría el mismo aire en su cara, la misma fatiga por el ejercicio, las mismas miradas rebotando en su cuerpo... eso sí, lo haría vestido, su atrevimiento no llegaba a tanto.

Corrió tan veloz que al cabo de unos cien metros de carrera se parapetó cerca del improvisado deportista. Las gentes a su paso reaccionaban igual que cuando él lo vio por primera vez. Gritos, carcajadas, de nuevo. Solo que ahora miraban a dos corredores, uno vestido y otro desnudo. Cuando el hombre desnudo sintió que alguien corría a su lado, a su mismo ritmo, igual de jadeante que él, se paró en seco. El otro hombre hizo lo mismo. Y se abrazó al hombre vestido con ropas sudadas, sonriendo y llorando emocionado y el otro hombre se fundió con ese desconocido en un abrazo que fue largo, muy largo, porque ninguno parecía querer separarse hasta que no dejaran de aplaudirles los transeúntes de aquella deshumanizada ciudad.

**Ángela Velasco Bello**